

unos y otros) compraba los terrenos, edificaba sobre ellos y revendía. Alquilaba además á subido precio sus otros esclavos, como escritores, banqueros, ecónomos y cultivadores. Cuando vió que no podía rivalizar con Pompeyo en el ejercicio de la guerra, procuró conciliarse de otra manera amigos. Excelente orador se hallaba pronto siempre á defender todas las causas; y cuando Pompeyo, César y Ciceron guardaban silencio, se ponía en pié y tomaba la palabra. Poniendo así su elocuencia al servicio de todo el que necesitaba un abogado, se adhería multitud de personas. Contantemente estaba abierta su casa á sus amigos á quienes trataba con una frugalidad de buen gusto y una jovial cortesía. Si necesitaban sufragios para obtener los empleos les auxiliaba con su influencia; prestaba dinero sin interés alguno; pero en el día convenido exigía el pago con exactitud rigorosa.

Es verdad que al través del brillo con que estaba rodeado, se vislumbraba algo de mezquino y se advertía ser un advenedizo. Como le agradaba mucho la conversacion del griego Alejandro, le llevaba consigo al campo y le prestaba para el viaje un sombrero que le quitaba á la vuelta.

Sea como quiera se habia formado un partido poderoso en un país donde todo se vendía. Por adhesion le acompañaron muchos ciudadanos durante la guerra de los esclavos; y como no era constante amigo ni enemigo irreconciliable inclinaba la balanza al lado que se ponía.

Superaba con mucho á todos aquellos personajes Julio César, uno de los hombres más insignes de la antigüedad. Se vanagloriaba de descender de Venus y de Anco Marcio, de los dioses y de un rey, origen que le permitía aspirar sin temeridad á todo. Desordenado, audaz, amado de las mujeres, aficionado á aventuras, como todos los jóvenes patricios de su tiempo; más pródigo que todos ellos, vendía ó tomaba prestado para dar, para ganarse amigos. Tan lejos llevó esta prodigalidad, que antes de haber obtenido ningun empleo debía 1.300 talentos (7.000.000). Envolvía con afectado desaliño en su mal puesta toga. Padecía de los nervios; no obstante su flexible y vigorosa estatura, sus ojos de águila, su natural altanería, revelaban al hombre capaz de firmes resoluciones y de enérgicos actos. A la edad de diez y siete años

osó desobedecer á Sila, que le quería obligar á repudiar á su esposa; lo cual le valió ser proscrito por el dictador, que acabó por otorgar su indulto á las súplicas de la nobleza y de las mismas vestales, diciéndoles: *En ese mancebo columbro muchos Marios*. Su ejercitado punto de vista le hacia adivinar el golpe decisivo que César debía descargar sobre la aristocracia.

Ora desdeñase César el perdón, ora desconfiara de su sinceridad, es lo cierto que se refugió en Asia hasta que hubo pasado la tormenta. Habiendo caído en poder de los piratas, lejos de mostrarse lleno de susto, los maltrataba y los amenazaba, cual si fuera su caudillo, no su prisionero. Habian fijado su rescate en 20 talentos: *Eso es muy poco*, les dijo, *se os darán cincuenta; pero tan luego como me vea libre haré que seais crucificados*. Y cumplió su palabra.

De vuelta en Roma, se declaró adversario de los parciales de Sila. Entró en la carrera formulando una acusacion contra Cornelio Dolabella ex-gobernador de Macedome, personaje consular y triunfador, y le tachó de malversacion. Dalabella habia robado mucho para que le faltaran defensores. Q. Hortensio y C. Aurelio Cotta, oradores de los más célebres, le prestaron el apoyo de su palabra; pero los hombres instruidos admiraron el talento de aquel jóven, en quien una educacion esmerada habia desarrollado las felices cualidades con que la naturaleza le habia dotado espléndidamente. Aplaudía el pueblo el valor con que sostenía la causa de la justicia, y á los griegos oprimidos contra los magistrados romanos. De este modo se anunció desde entónces como defensor de la humanidad entera contra los que sustentaban la unidad privilegiada de Roma.

Encargado de informar más tarde contra los homicida, castigó á los sicarios de Sila, sin tener en consideracion las órdenes que del dictador habian recibido. Halló en él un protector todo oprimido. En tiempo de su cuestura ayudó á las colonias latinas á recuperar los derechos de que Sila les habia privado en parte. No se desdeñaba de fijar su atencion en los bárbaros y hasta en los esclavos; y si como edil ofreció en espectáculo al pueblo trescientas parejas de gladiadores, no le consintió la atroz satisfaccion de verlos espirar en el circo.

Aun cuando segun la antigua constitucion

las mujeres romanas, veneradas en la familia, no erañ nada en la ciudad, tributó públicos honores á su tia Julia, viuda de Mario, y á su mujer, Cornelia, y pronunció su elogio fúnebre en el foro. En suma, comenzó á entreabrir las insuperables barreras de la ciudad romana, que debían derribar en breve el imperio y el cristianismo, para dar allí entrada á la humanidad entera.

Cuando era edil mandó reparar la vía Appia casi enteramente á sus expensas; y á fin de que se pudieran ver cómodamente los juegos megalios, hizo construir un vasto teatro de madera con siete andanadas de asientos, lo cual, unido á la brillantez del espectáculo y á la cantidad de los gladiadores, le ganó el favor del pueblo. En los funerales de Julia se habia atrevido á poner de manifiesto la efigie de Mario. Viéndose luego apoyado por la plebe, mandó restaurar las estátuas y los trofeos del vencedor de los cimbro, que se encontraron una mañana dentro del Capitolio, de donde se habian quitado en tiempos de Sila. Admiraban los amigos de las artes lo bien rematado de sus obras; el pueblo lloraba de alegría; t mblaban los nobles, acusando á César de aspirar al mismo poder que Mario; y Cátulo clamaba en pleno Senado; *César ataca á la república, no por senderos ocultos y tortuosos, sino á cielo descubierta*. Ciceron decia: *Preveo en él un tirano; pero cuando le miro tan esmeradamente peinado, rascarse la cabeza con el dedo, no puedo persuadirme de que piense en derrocar la republica hombre semejante*.

CAPITULO XXXV.

Situacion de la Italia.—Catilina.

Conócense ya los principales personajes en cuyo rededor se movía un pueblo desgraciado. No permitían los funestos ejemplos de un poder ilimitado apreciar los encantos de una libertad recelosa; habian inspirado osadía á los soldados, y hecho de ellos instrumentos dóciles de jefes, que por espacio de años les habian guiado á la victoria. Habian concedido la guerra civil y las proscipciones, nuevos dueños á todos los campos, de tal manera, que la propiedad no se apoyaba ya más que en la injusticia y usurpacion. Introdujeron las expediciones al

Asia un lujo corruptor, que se sostuvo por la opresion de los pobres y el saqueo de las provincias. Obligaba á los nobles la venalidad de las magistraturas, á empeñarse con exceso para obtenerlas, dejándoles el artificio de indemnizarse como pudiesen en las provincias ó en los tribunales.

Entre tanto la plebe se habia acostumbrado, en el tiempo de tan prolongadas guerras, á la licencia, al lujo y al pillaje; cuando volvía cargada con botin prodigaba su dinero con la indolente profusion de personas que le han adquirido sin trabajo. Caida de nuevo en su primera indigencia, sentía aún más sus privaciones, envidiaba á los ricos, y aspiraba á nuevas guerras y turbulencias, incapaz como lo era de poseer y sufrir que otros poseyesen. Habia perdido su prestigio el gran nombre de Roma, que habia confundido patricios y plebeyos en la gloria comun, desde que Mario y Sila habian hecho pelear á los ciudadanos unos contra otros, y envenenado su enemistad con efusion de sangre, haciendo que no se mirasen como miembros de una misma república, sino como instrumento de un partido.

Habian producido las liberalidades de Sila hacer peligrosa é incierta toda posesion, y sus hechuras habian extendido las suyas, por sus confiscaciones, los procesos y el asesinato. Expulsados primero los italianos de los campos paternos, y reducidos despues por Sila á la última extremidad, mendigaban un asilo en medio de los dominios que habian poseído; andaban errantes por las montañas, tanto los pastores, que se habian ocultado con sus rebaños de sus amos, como los gladiadores fugitivos, dispuestos á vender caras sus vidas; los que tenían ménos fiereza de corazon, acudían á Roma para gozar del privilegio de vender su sufragio, y vivir con las distribuciones públicas dejando las campiñas sin habitantes. El país de los volcos, de donde hemos visto surgir tan numerosos ejércitos, estaba desierto en tiempo de Tito Livio; no se encontraba allí más que esclavos, y las guarniciones que sostenían los romanos. Lo mismo acontecia en el territorio de los ecuos, del Samnio, de la Lucania y del Brucio.

Y no se crea que la Italia fué vuelta á poblar por las colonias fundadas en tan gran nú-

mero. Primero ciertos municipios aceptaban este nombre por pura adulacion, ó para parecerse más á la metrópoli, sin recibir, en efecto, de ella, ni emigrados ni soldados. Aun en la época en que se enviaban habitantes á lo exterior, no se hacía sino con la hez de Roma, lo que tenía de más pobre y ocioso. Despues de haber invocado esta clase de gentes la ley agraria y reclamado campos, apenas habian llegado á sus destinos, cuando echaban de ménos la voluptuosa ociosidad de las poblaciones, donde se les ofrecía pan y espectáculos; entonces vendian á un precio ínfimo el terreno que se les habia dado y recaian en su fastuosa miseria. Otro tanto acontecia á los veteranos. No se les concedía por recompensa de sus servicios una parte de los inmensos dominios de los ricos, segun la voluntad de los gracos, sino la autorizacion de decir al pacífico cultivador. *Vete: el pequeño campo que sostiene á tu familia me pertenece.* Esta propiedad tan fácilmente adquirida, se disipa bien pronto. Empobrecidos los veteranos por los usureros, volvian á Roma tan miserables como antes, pero mas viciosos é incapaces de trabajo, sin soñar más que combates, turbulencias y proscriciones.

Desde entonces fué fácil á aquellos que no enajenaban sus bienes adquirir extensas propiedades, por lo cual las tierras que no quedaron á los primeros concesionarios, se reunieron en dominios, haciendo desaparecer la clase más útil, la de los campesinos libres y propietarios; y las comarcas cuyas conquistas habian valido dos siglos ántes los honores del triunfo á ilustres generales, se convirtieron en la herencia de un particular. Procuraban tanto caballeros como senadores sacar de sus inmensas propiedades la mayor utilidad, sin gastar nada, para lo cual las convertian en pastos, cuya explotación no exigía más que un pequeño número de brazos.

Todo el que levantaba una bandera en medio de tan gran confusion, estaba seguro de atraer á su partido una multitud deseosa de cambiar el orden de cosas existente. El que no queria exponerse á un tumulto, sino sólo hacer una revolucion, no podia empezarla sino verificando un trastorno total de la propiedad; le era preciso publicar nuevas listas de proscricion contra los que se habian aprovechado de

las primeras, desencadenar todas las venganzas é inundar la Italia de sangre. ¿Pero y despues? ¿Despojados ya los poseedores ilegítimos á quién devolver las tierras usurpadas? La guerra, la proscricion y la miseria, habian hecho perecer ú olvidar los propietarios primitivos. Los que quedaban amontonados en los insalubres alojamientos de Roma, se mezclaban á las agitaciones del Foro, vejetaban á la sombra de las distribuciones públicas, ó á lo más, dejaban oír alguna miserable queja, que debilitaba aún la desunion, contra la fuerza que se habian acostumbrado á considerar como derecho.

Ya fuese por bondad natural, ó por el cálculo de ambicion, que le hacia preferible ser el primero en una aldea al segundo en Roma, pensaba César mejorar la situacion de estos desgraciados. Despues de haber, como ya hemos dicho, abatido el orgullo de los nobles, castigando á los sicarios de Sila, atacó á los caballeros acusando á Ravinio, su agente, quien cuarenta años antes habia asesinado al tribuno Apeleo Saturnino. Le habia dado muerte cuando el Senado habia hecho un llamamiento á todos los ciudadanos á armarse en favor de Mario y Flacco. Tratábase, pues, en esta acusacion de quitar al Senado el derecho de conferir á los cónsules la plenitud de poderes extraordinarios, es decir el derecho de vida ó muerte, hasta sobre los tribunos cuya oposicion cesaba cuando se proclamaba la guerra en la ciudad.

Conociendo el comun peligro los caballeros y senadores se reunieron y pagaron á Ciceron para que se encargase de defender al inculpado. Pero la elocuencia que desplegó, sus animadas invectivas contra los perturbadores del reposo público, las alabanzas que prodigó á Mario, cuya memoria era siempre querida del pueblo, no hubieran sido suficiente á salvar al culpable, si Metelo Celer no hubiera arrancado del Janículo el estandarte que allí se enarbolaba, mientras deliberaba el pueblo en el campo de Marte. Cuando cesaba de hondear en aquel punto se disolvía la Asamblea. Verificóse así exactamente. César comprendió que aún no habia madurado el fruto.

Tambien el tribuno Rullo concibió el desigmo de aplicar remedio á la universal dolencia, y con este fin propuso comprar tierras para establecer allí colonos, repartir los dominios pú-

blicos, indemnizando á aquellos que los habian usurpado. Espantóronse los ricos á la sola idea de ver sus propiedades sometidas á las investigaciones del representante del pueblo. En tal conflicto recurrieron de nuevo á Ciceron, excitándole á que no admitiese la ley. Y él que no tenía más constancia y buena fé en política que en filosofia, correspondió á su instancia, aunque habia declarado en alta voz al aceptar la magistratura suprema, que queria ser un cónsul popular: á pesar de todo puso su elocuencia al servicio de los ricos para impugnar á Rullo. Halagó á la muchedumbre diciendo de los Gracos, que eran ciudadanos ilustres de superior talento, fervorosos amigos de los plebeyos, cuyos consejos, cuya prudencia y cuyas leyes habian contribuido en gran manera á la consolidacion de la república; lisonjeó el orgullo de los romanos ensalzando la grandeza de su poder, y pregonando que nunca Roma habia comprado por dinero el terreno de sus colonias y que era indigno de una madre tan ilustre trasladar sus hijos á tierras adquiridas de otra manera que por medio del acero. Se dedicó notablemente á demostrarles que se conseguiria por la ley propuesta dividir las tierras que habia sido el teatro de gloriosas victorias: la Campania, aquella delicia del mundo, y principalmente las tierras de donde procedian los trigos que se distribuian al pueblo. Fué superior este argumento á todos los demas, con respecto á la muchedumbre que ante todo temia por sus pastos. Haciendo uso de todos los subterfugios y preocupaciones, afirmó que Rullo, odioso y feroz tribuno, estaba bien distante de la moderacion y equidad de Tiberio Graco. Segun su opinion, esta ley agraria no entregaba los campos á los plebeyos, más que para arrebatárselos la libertad; enriquecia á los particulares para despojar al público. Y como los romanos odiaban el nombre de rey, precisamente pretendian que la ley agraria convertiria en diez reyes á los diez tribunos; que su proyecto era erigir una Roma, rival de la antigua en Capua, la que en otro tiempo se habia atrevido á pedir que uno de los cónsules fuese campanio, quien orgulloso con su posesion y con la fecundidad de su territorio, se mofaba de Roma, edificada sobre Colinas, extendiéndose por valles con sus calles tristes, sus estrechos senderos y su campiña sin

cultivo. Tales fueron los motivos á los cuales debió él ganar su causa.

Otro tribuno, Roscio Oton, propuso asignar á los caballeros un lugar distinto en los juegos. Irritáronse de tal manera los plebeyos, que iban á pasar de los murmullos sin rebozo á la fuerza, cuando apareció Ciceron en la tribuna, y habló tan elocuentemente, confundió tan bien la ignorancia del populacho que se atrevia á verificar un tumulto áun cuando representaba el cómico Roscio, que se votó la ley de Oton.

Puede decirse con verdad que los caballeros debian á Ciceron la situacion que ocupaban, pues no habia cesado de trabajar en su elevacion; hizo además de este cuerpo una orden aparte entre los senadores y la plebe. En premio, le prestaban apoyo los caballeros, y merced á ellos abandonaba el pueblo al hábil orador sus propios intereses, placeres y hasta venganzas. Habia decretado Sila que los hijos de los proscritos serian excluidos del Senado y de los honores públicos; además estos desgraciados se esforzaban en obtener la derogacion de esta inicua ley, y Ciceron se opuso, no con justicia, sino demostrando que era inoportuno hacer concesiones al partido vencido, cuya primera idea sería un pensamiento de venganza. Aconsejó, pues, á los reclamantes que se prestasen á la necesidad de sufrir, en ventaja comun, y les invitó á soportar con paciencia una injusticia útil á la república, la cual, gobernándose por los decretos de Sila, se conmoviera si eran derogados. Se dejó decir que dando empleos á hombres honrados y dignos de obtenerlos, pero reducidos á una fortuna precaria, sería de temer que procurasen reparar sus pérdidas. Triunfó aún esta vez, y aquellos á quienes habian enriquecido las confiscaciones de Sila se tranquilizaron de sus inquietudes. Pero elevábanse quejas amargas contra el hombre que se habia declarado fautor de aquellos que, aún más que los otros, habian aumentado su fortuna en las revoluciones precedentes, y á quienes se designaba con el nombre de los siete tiranos; éstos eran los dos Lúculos, Craso, Cátulo, Hortensio, Metelo y Filipo.

Quando faltan los medios legales, ¿qué se debe hacer para reformar el estado? La revolucion. Por la revolucion y la efusion de sangre fué por la que el senador Lucio Sergio Catilina

pensó abrirse camino al poder soberano. Era hombre de talento cultivado, amable, de carácter enérgico, afecto á sus amigos, pero de costumbres depravadas. Joven aún, se había enamorado de Aurelia Orestilla, viuda de gran hermosura, pero sin fortuna, y para poseerla se había desembarazado de un hijastro que le servía de obstáculo. Se casó despues con una hija que había tenido de ella. Invencible en el trabajo, de admirable facundia, pródigo de lo suyo, avaro de las riquezas de otro, lleno de astucia y disimulo, no ménos pronto para obrar que para discurrir, tenía una ambicion desmedida, y los felices resultados de Sila animaban sus esperanzas.

Se había señalado en tiempo del dictador por su audacia en ejecutar y hasta en sobrepasar sus órdenes, por lo cual había llegado á ocupar las primeras dignidades, había sido cuestor, su segundo en varias guerras, y en fin pretor en Africa. No habían sido suficientes sus concusiones á suplir sus liberalidades, y se encontraba lleno de deudas; no considerándose en semejante situación con bastante poder ni riquezas para hacer olvidar sus asesinatos é incestos de otro tiempo, procuraba tra tornar la república para elevarse sobre sus ruinas.

Dando á quien sufría por la necesidad, prestando su dinero, su apoyo y aún su brazo, hasta para crímenes, se había granjeado muchos amigos, algunos honrados, seducidos por ciertas apariencias de virtud, pero la mayor parte encenagados en el vicio, presa de la miseria, aguijoneados por la ambicion ó la avaricia, veteranos arruinados de Sila, hijos de familia que se habían comido anteriormente su herencia, italianos desposeídos, provincianos empujados, gentes que tenían por oficio vender su deposicion en justicia ó su brazo en las luchas civiles, lanzando todos miradas de envidia sobre los ricos, y sin esperar más que una señal para hacer presa en la fortuna ajena. Debía Catilina la autoridad que ejercía sobre esta turba á un alma de energía extremada y á un talento de una penetracion profunda, que le permitía conocer perfectamente su época. Existe la prueba en estas palabras citadas por Ciceron: *Veo en la república una cabeza sin cuerpo y un cuerpo sin cabeza; en adelante yo seré esta cabeza.*

Circulaban los más siniestros rumores con

respecto á Catilina y los suyos, que acogía el vulgo, pronto siempre á atribuir infamias ó atrocidades á las asociaciones secretas, y propagados con perfidia por los ricos, que deseaban desacreditarle. Decían que sellaban sus juramentos bebiendo sangre unos de otros; habían encontrado el águila de plata de Mario, y la ofrecían sacrificios humanos. Enviaba el jefe á sus sicarios á asesinar, ya á uno, ya á otro, sólo por ejercitarlos en el delito; quería incendiar á Roma por cuatro partes, y dar muerte á la mayoría de los senadores. Estos rumores de bajas é inútiles atrocidades, no merecen confianza; estamos más inclinados á creer que personas de clase elevada, tanto entre los senadores, como de la órden ecuestre, tomaron parte en la conjuración, tales como Antonio Geto, quien fué depuesto del consulado; Cneo Pison, de una ilustre familia; un Cetego; dos Silas, hijos del dictador; un Bescia; Lentulo, que se alababa de ser despues de Cinna y Sila; el tercer Cornelio, á quien los libros sibílinos habían prometido la suprema autoridad; en fin, pasando en silencio muchos jóvenes, Julio César y Craso, ambos deseosos de dominar la república y no de destruirla.

El alejamiento de los ejércitos y la ausencia de Pompeyo, animaban las esperanzas de los conjurados. Debía estallar la conspiración el primer día del año 690, de Roma (65), pero hizo que fuese aplazada una circunstancia fortuita. Estorbóla también la muerte de Pison al siguiente año (64); por último, habiéndose hecho Catilina competidor de Ciceron para el consulado, éste último fué favorecido en su candidatura por los sordos rumores que ya circulaban relativamente á la urdida trama. Entonces resolvió Catilina llegar pronto al desenlace, y afilió en su partido á caballeros, senadores, plebeyos y á cuantos descontentos había.

De este número era Quinto Curcio que, habiéndose arruinado por agradar á Fulvia, mujer de buena familia, si bien de reputación muy mala, se había visto despedido tan luego como cesaron sus prodigalidades. Pero lleno de esperanza en las promesas de Catilina, había vuelto á echarse á sus plantas haciéndola participe de sus ilusiones. Despertada ésta por sus discursos, le sonsacó poco á poco su secreto, y se lo reveló á Ciceron apenas lo supo.

Ciceron, según cuyo dicho: *Los jueces son lo que nosotros queremos que sean*, había abogado mil veces en favor de Catilina, seguro, en su concepto, de hacer que fuera declarado inocente, por poco que fuera posible demostrar que es de noche á la mitad del día. Pero en esta coyuntura puso por obra en contra suya, tanto su actividad, como su elocuencia. Animado por un vehemente deseo de triunfar sin tener que correr ningun peligro con las armas, metió mucho ruido, exageró los riesgos de la conjura, y propuso contra Catilina diez años de destierro, además de las penas señaladas para los manejos. Reconociendo Catilina la necesidad de darse prisa, allegó cuanto dinero pudo, y le envió á Mallio, soldado de Sila, que gozaba de gran reputación de bravura. Como Mallio residía en Fésulas, en la Etruria, colonia de veteranos fundada por el dictador, los ganó con facilidad, formando allí el núcleo de un ejército imponente.

Instruido Ciceron por diestros espías y por la pérdida Fulvia, de todos los pasos de Catilina, revela la trama al Senado, indica el día y la hora en que debía prender fuego á Roma y asesinar á los senadores y al cónsul: investido entonces con la autoridad ilimitada, es encargado, según la fórmula ritual, de proveer á que la república no experimente ningun daño.

Sin pérdida de tiempo envía el cónsul personas seguras para mantener en sus deberes á las ciudades de Italia, siempre dispuestas á secundar á todo el que amenazaba á la ciudad que las tiranizaba. Llena á Roma de espías, promete la impunidad y recompensas á los cómplices que hagan revelaciones, convoca en seguida al Senado, y cuando ve que ha tenido la audacia de presentarse Catilina, le dirige aquella famosa arenga en que le acosa con sus invectivas, arrojándosele á la cara sus proyectos y demostrándole que todo lo sabe y que ha provisto á todo.

Inmóvil sobre su curul, le oyó hasta el fin Catilina; luego invitó tranquilamente á los senadores á que no prestaran ascenso á las truanerías del cónsul, su capital enemigo, quien había jurado su pérdida á toda costa: advendizo, decía, que ni aún siquiera hubiera tenido en su casa nada que perder en medio de aquel incendio por él imaginado, para experimentar

hasta dónde podía llegar la risible credulidad de los senadores. Pero tomando éstos el asunto en un tono no ménos violento que Ciceron, sofocaron la voz de Catilina, y le abrumaron de maldiciones, tratándole de asesino, de incendiario, de parricida. Entonces, no pudiéndose contener por más tiempo, fulminó contra ellos estas palabras: *Puesto que vosotros me empujais á ello, apagaré el incendio que atizais, no con agua, sino sofocándolo bajo ruinas.*

Si el cónsul tenía en su poder suficientes pruebas para convencer á Catalina ¿por qué no le ponía preso? ¿por qué no le detenía dentro de la ciudad en vez de impelerle á pesar suyo á salir de ella y á declarar la guerra á la república? ¿Era más alarmante la presencia de Catalina para la seguridad personal del cónsul, que debía serlo para la república, el ejército á cuya cabeza iba á ponerse? ¿hubiera sentido por ventura ménos Ciceron una batalla, donde hubieran tenido que pelear otros, admitiendo tener seguro el triunfo, que un peligro corrido por su persona?

Sea de esto lo que quiera, Catalina abrazando resueltamente su partido se lanzó fuera de la curia, y sale de la ciudad con trescientos de sus cómplices, recomendando á los que allí quedaban, que se deshicieran de sus más encarnizados enemigos, de Ciceron especialmente, con promesa de llevar de la Etruria un ejército capaz de hacer temblar á los más osados. Declara entonces el Senado enemigos de la patria á Catalina y á Mallio, y un decreto encarga á Ciceron la vigilancia por la seguridad de Roma, mientras que Antonio, el otro cónsul, se pone en marcha contra los rebeldes. Aunque aquellos que se les incorporaban incurriesen en la nota de criminales de estado, hicieronlo muchos ciudadanos, entre otros el hijo de Aulo Fulvio, venerable Senador, que habiendo mandado que fuera perseguido y preso, le condenó á muerte en virtud de la autoridad paterna.

Apenas se puso Catalina al frente del ejército de Etruria, adoptó las insignias del poder y vió aumentarse de día en día el número de sus tropas. Subleváronse los pastores esclavos de los caballeros en el Brucio y en la Apulia; se coronaron de hombres armados las cumbres de los Apeninos; suministraron los veteranos de Sila lanzas y aceros á los desposeídos paisa-

nos. Como una revuelta de la Galia, originada por este movimiento les sirviese de poderosa ayuda, los conjurados residentes en Roma estrecharon á los embajadores de los alobrogos á sublevar á sus compatriotas. Pero no contentos éstos con revelar á Ciceron semejantes tentativas, se humillaron por su consejo á desempeñar el deshonoroso papel de espías, y continuaron la negociacion hasta que arrancaron á los conjurados un tratado con las firmas de los principales de ellos. Fuerte con este documento Ciceron, que jamás se presentaba en público sino ciñéndose con una gran coraza, á fin de ponerse á cubierto de los puñales que veía donde quiera, manda aprisionar á Lentulo, á Cepario, Gabinio, Estatilio, Cetego, en cuya casa encuentra armas y materias combustibles. Lentulo reconoció haber escrito la carta á los alobrogos: creíase asegurado por la ley Semproniana, que permitía á un ciudadano romano prevenir la pena capital con un destierro voluntario. Pero aquel mismo Ciceron que habia celebrado á los antiguos romanos de que, no guardando en la ciudad emancipada ningun vestigio de la crueldad régia, habian querido proteger la libertad, no por el rigor de los castigos, sino por la dulzura de las leyes, insistió entonces en que Lentulo fuera condenado al último suplicio (63). Tambien abundaban los senadores en esta opinion que les sugeria por otra parte el miedo; pero era impugnada por L. Neron y por J. César. Especialmente este último desplegó grande energía.—La cólera y la compasion, dijo, son malas consejeras. Nuestros padres perdonaron á los rodios á trueque de que no apareciera, les habian tentado sus riquezas. Vanamente violaron los cartagineses treguas y tratados, nunca imitaron su ejemplo. Proceded del mismo modo; no penseis tanto en el crimen de Lentulo, como en vuestra dignidad propia; no tanto en vuestra ira, como en vuestra fama. Os han bosquejado los preopinantes los terribles males que engendran las guerras civiles ¿y con qué objeto? ¿se necesitan palabras para excitar á los demas á sentir las injurias padecidas? Pero el que se halla colocado á grande altura debe preservarse de todo exceso. Tampoco sé siquiera por qué se decreta la pena de muerte contra los culpables y no la flagelacion del mismo modo. ¿Es acaso porque lo pro-

hibe la ley Porcia? Pero vosotros violais otras leyes, que prescriben que hombres acusados de semejantes delitos tengan la facultad de deterrarse. ¿Qué miedo puede existir despues de haber reunido nuestro cónsul tantas fuerzas? Recordad que todo mal ejemplo se deriva de buenos principios. Anunciáronse los treinta tiranos de Atenas por condenar á gentes odiosas y el pueblo se regocijó de ello, pero cobraron audacia y acabaron por inmolarse á su antojo á los malos y á los buenos. Asi en nuestro tiempo, cuando Sila mandó ahorcar á Damasipo y á otros miserables, le aplaudieron todos; pero bien sabeis á cuan terrible matanza sirvió aquello de principio. No podemos temer lo mismo de Ciceron ni de nuestro tiempo; mas si á ejemplo suyo desenvaina otro cónsul la espada ¿quién podrá contenerle?

Todo fué en vano; aclamóse la seguridad del Estado, ó más bien el miedo, como principio de la justicia suprema, y por toda respuesta á las razones que habia alegado, se vió acusado César de complicidad con los conjurados. Sus relaciones de amistad con Catilina, la interpretacion un poco lata de algunos papeles, hubieran arrojado indicios para intentar un proceso en contra suya, si Ciceron no hubiera temido que el gran número de personas adictas á César, queriendo salvarle, hubiera determinado la absolucion de todos. Al salir del Senado corrieron los satélites del cónsul en pos de su huella; pero Curion le cubrió con su toga, y Ciceron hizo seña de que le dejasen libre. Tambien fué denunciado Craso, si bien tampoco se le persiguió, sin duda por el mismo motivo.

Por lo que hace á los demas, se decidió que como enemigos de la patria no eran ciudadanos; pronúnciase, pues, contra Lentulo y sus cómplices sentencia de muerte. Aun cuando ya era tarde al levantarse la sesion, el cónsul, en el fervor de su celo, se dirigió á las cárceles para ser testigo del suplicio de los reos. Terminada la ejecucion anunció él mismo, *que habian vivido*. Pudo, pues, ir al dia siguiente á tranquilizar á los quirites, y á decirles que por un efecto del amor particular de los dioses inmortales, les habia libertado, merced á sus esfuerzos, á sus fatigas, á su prudencia, al riesgo de su propia vida, de las llamas, de la cuchilla y casi de los brazos de la muerte, para restituir-

les la república, sus vidas y haciendas, sus fortunas, sus mujeres, sus hijos, la capital del glorioso imperio, la ciudad bella y venturosa. Entonces los senadores y el pueblo le proclamaron padre de la patria, libertador y segundo fundador de Roma; otros habian extendido las fronteras de la república, pero él la habia salvado aquella noche de su ruina.

Era fácil degollar cautivos y más árduo sujetar á enemigos armados. Propúsose, pues, llamar á Pompeyo del Asia (62). Como Ciceron hubiera perdido de este modo la gloria de haber apagado el incendio, César apoyó con calor la propuesta; y Caton, que la impugnaba con vivacidad extremada, fué arrancado por él de la tribuna con auxilio de los tribunos. Estos fueron expulsados de aquel recinto en castigo de su audacia, y se quitó la pretura á César, que, sometién dose dócilmente al castigo, mereció que le perdonara el Senado.

Entre tanto no se dormia Catilina. Ya era tan inmensa su confianza en las inteligencias que se habia proporcionado, que rehusaba la ayuda de los esclavos agrupados en torno de sus estandartes, á fin de que no apareciera que convertia la causa de los ciudadanos en la de los esclavos rebeldes. Dirigiéndose desde la Etruria á la Galia, siempre propensa á sublevarse, le cerró el paso el cónsul Q. Metelo Celer, que le aguardaba á la falda de los Apeninos. En breve se presentó Antonio á su retaguardia; de modo que colocado entre dos enemigos le fué forzoso aceptar la batalla. Dióse cerca de Pistoya y se disputó la victaria con extremado encarnizamiento. Catilina murió peleando heroicamente, y con él tres mil conjurados que habian acreditado un valor digno de mejor causa.

Es ocioso preguntar si Marco Tulio se desvaneció en la embriaguez de su orgullo hasta el punto de creerse un héroe y de celebrarse por sus altos hechos. *Cedan las armas á la toga*, exclamaba; *¡Oh Roma afortunada, bajo mi consulado nacida!* Cuando terminó su cargo quiso dirigir al pueblo un largo discurso; habiéndoselo impedido un tribuno del pueblo, no juró segun costumbre, no haber hecho nada en perjuicio de la república, sino haberla salvado por sí solo. Con tales jactancias se atrajo la envidia y la malevolencia. Decian de él sus enemigos.

Es el tercer rey extranjero que tenemos despues de Tacio y Numa; y aguardaban el instante y el lugar favorables para hacerle expiar aquellos triunfos de su vanidad.

CAPITULO XXXVI

Primer triumvirato.—César en las Galias.

Ocupado Pompeyo en Asia contra Mitrídates, habia permanecido ajeno á aquellas turbulencias. Su regreso inducia á temer nuevas conmociones; pero áun siendo su designio hacerse dueño del Estado, veía que el más seguro medio de conseguirlo era evitar que nadie lo sospechara. Así pues tan luego como hubo licenciado su ejército y subido en triunfo al Capitolio, aparentó no curarse de los negocios públicos. Cuantos le habian inducido á licenciar sus tropas, apenas puso el pié en Italia, le estorbaban á sazón en cuantos proyectos concebía. Ya era Lúculo, que no pudiendo perdonarle el haber llegado al Asia á arrebatarse los laureles que habia cogido, nunca dejaba de salir de su muelle retiro siempre que se trataba de contrariarle; ya era Craso, irritado de que le habia hecho perder el triunfo sobre Espartaco, quien ponía en la balanza su oro contra el crédito militar de su antagonista; ya era César, que desde sus primeros pasos le consideró como un estorbo; ya era, en fin, Ciceron, á quien habia encumbrado sin conocerle y á quien procuraba derribar por envidia ahora que le veía ejercer un poder inesperado.

A pesar de todo consiguió que fueran nombrados cónsules dos amigos suyos, Q. Metelo y Afranio (60). Pero éste era incapaz y el otro le profesaba rencor secreto porque habia repudiado á Mucia su hermana, y cuando Pompeyo propuso en el Senado sancionar por un sólo decreto lo que habia hecho en Asia y distribuir tierras á sus soldados, fueron desechadas sus peticiones. Hizo que de nuevo se propusiera por un tribuno, quien encontrando una oposicion tumultuosa, hizo arrestar al cónsul Q. Metelo; pero temiendo Pompeyo atraerse la hostilidad del Senado, dispuso se le pusiera en libertad. No desdeñó, sin embargo, unirse despues, á Publio Clodio, hombre lleno de crímenes y por quien trabajó para que se le nombrase cónsul; enajenóse con este acto la voluntad de Ciceron